

UN TEXTO MAS A PROPOSITO DEL ETNODESARROLLO

Edgar Samuel Morales Sales.

Contra lo que podría pensarse desde una perspectiva inicial, ni el título ni el espíritu de estas líneas pretenden enmarcarse en la mordacidad.

Sin que sea privativo del etnodesarrollo, en lo que va de este siglo, en México, lo dicho y escrito en torno al tema de esta Sesión daría lugar —si se le compilara—, a volúmenes de dimensiones considerables, cuya simple lectura ocuparía una buena parte del tiempo útil de cualquier persona.

Por lo anterior, es difícil abordar el etnodesarrollo sin que uno no tenga la preocupación constante de haber dejado de lado —aún inconscientemente—, algunos puntos necesarios para la comprensión cabal del asunto. El problema es que el etnodesarrollo, como de hecho cualquier concepto semejante, no puede ser abordado de manera aislada. Hay que tratarlo en sus relaciones con todas las demás categorías y fenómenos sociales con que se ve involucrado y este hecho ameritaría reconocer que su manejo adecuado exigiría una atención, un tiempo y un espacio suficientemente amplios para que nos permitieran avanzar con paso firme en el conocimiento respectivo.

Porque lo primero que tendríamos que hacer sería contrastarlo, oponerlo a los términos y conceptos con los que se relaciona, se excluye y se define. Así fuera procediendo desde un punto de vista exclusivamente lingüístico —lo que no significa de ninguna manera que sea una cosa simple—, al hablar de etnodesarrollo tendríamos que aludir al desarrollo, o al socio-desarrollo global, si se admite la expresión; o al desarrollo nacional integral, pero no podríamos dejar de aludir al subdesarrollo, al no desarrollo y a todo el cúmulo de categorías y términos conexos: indigenismo-mesticidad; autenticidad étnica-aculturación; identidad indígena—incorporación; tradición—circulación mercantil; asimilación nacional-relatividad cultural; alteridad-subalteridad y subalteridad cultural; desarrollo económico-proletarización indígena; autoctonía-expansión capitalista; sociedad igualitaria, -lucha de clases; identidad étnica-pérdida de ella; contexto internacional—dependencia económica; neocolonialismo-revolución desigual; etnicidad-nación; pluralidad étnica-estado multicultural, etcétera, etcétera.

No se asuste el gentil auditorio, ello nos llevaría

muchísimo tiempo y resultaría tan absolutamente tedioso que corro el riesgo de terminar solo sin siquiera haber alcanzado una introducción suficientemente exhaustiva. En todo caso, todo parece indicar que las enormes cantidades de papel y tinta empleados para dilucidar los conceptos anteriores no han sido suficientes para dejar en claro la temática y la problemática que a cada uno de ellos concierne.

Pasar de una opinión a otra, de las líneas que plantean a las que re-plantean; de las que atacan a las que contraatacan; de las que presumen de racionalidad y autonomía ideológica a las visceral o emocionalmente expuestas, o a las que se quieren “comprometidamente ideológicas”, resulta, para los espíritus simples, algo que sólo viene a complicar y a embrollar los problemas considerados. Ante ello, los hechos lo demuestran claramente, esos espíritus simple optan por dos conductas: o concluyen señalando que la problemática es tan compleja que es irresoluble o —para retomar una expresión de Octavio Paz— se “ningunea” a quienes sustentan opiniones encontradas a las nuestras, es decir, se les ignora olímpicamente, se comienza por descalificarlos para después proceder a actuar como si esos “algunos” simplemente no existieran, como si fueran “ninguno”.

Pero lejos de pretender la homogeneidad de criterios, las ciencias sociales y humanas han logrado demostrar que las soluciones totales, que las conclusiones inequívocas o “definitivas” no existen. En ellas es bien claro que el único medio de avanzar en el conocimiento de los hechos sometidos a sus análisis es el ensayo-error. A las conclusiones “indiscutibles” sólo llegan o los ingenuos o los embusteros.

Es bueno que para discutir sobre una temática tan compleja como es el etnodesarrollo nos encontremos en un recinto universitario. Es importante contar con espacios en que la libre discusión tenga lugar, a pesar de que no dejen de existir algunas limitaciones en lo que a la difusión de nuestras opiniones se refiere. Qué importante resulta que las intransigencias de quienes toman por divisa el orden y el progreso se encuentren en este acto ausentes.

Habrà, desde luego, quienes no compartirán nuestros puntos de vista, nuestra manera de interpretar la

realidad circundante: algunos otros quizá compartan algunos puntos de nuestras exposiciones y otros no. Algunas exposiciones podrán calificarse de ineficaces y otras de atinadas, pero, en última instancia, lo importante es que no se queden inexpressadas, en el fondo de un archivero o en la plática de café. Mientras nos toleremos recíprocamente, toda exposición, toda conclusión podrá ser mejor desarrollada, afinada para confirmarla o desecharla, pero todo en aras de mejorar nuestros trabajos.

"Afortunadamente —señalaba Román Jakobson en 1960—, los congresos científicos y los congresos políticos nada tiene en común. El éxito de una convención política depende del acuerdo general de la mayoría o la totalidad de sus participantes. Pero en la ciencia, en la que las discrepancias parecen ser generalmente más provechosas que el acuerdo común, se desconocen votos y vetos. Las discrepancias ponen al descubierto antinomias y tensiones dentro del campo en cuestión y requieren nuevas exploraciones . . ." (R. Jakobson: "Ensayos . . . p. 347).

Así pues, cuando anunciamos nuestra inafección a la sátira lo hacemos con la simple conciencia y deseo de que nuestras opiniones simplemente sean compartidas con otras personas interesadas en la misma problemática que nos ocupa, pero que ellas, a su vez, nos compartan sus inquietudes correspondientes que puedan llevarnos a la realización de acciones, de hechos, más que a la mera confrontación.

Entro en materia: Es muy paradójico que en un país calificado de "subdesarrollado" se trate del etnodesarrollo. Esto significa que en muchas esferas sociales se considera que se vive en el desarrollo mientras que los grupos étnicos de nuestro país viven en una situación que se estima de "no-desarrollo". Ocurre entonces que se procede de la misma manera en como proceden los países llamados "desarrollados" con respecto a los demás países en que no se desarrolla una vida, una economía, un sistema socio-político, una serie de valores de todo tipo como de los que se dispone en los llamados países occidentales.

Lo curioso es que quienes imponen las etiquetas respectivas son precisamente los países que previo el pa-

so por el colonialismo y el saqueo de todo tipo de valores de los países colonizados, sustentan la práctica y la relación: productor de grandes volúmenes de bienes y servicios—consumidor dependiente y sometido en diversos planos de la vida social.

Se acepta, en términos generales, sin ningún amago, la idea y el concepto del etnodesarrollo, pero a pesar de estar ubicados en el contexto del subdesarrollo, constituiría una herejía grave que muchos estarían prontos a rectificarnos, la idea, concepto y acciones del etnodesarrollo.

Desarrollo, no desarrollo, superdesarrollo, subdesarrollo son realidades sociales si se acepta que la primera de las categorías corresponde al hecho de producir computadoras, aviones, naves espaciales, vehículos automotrices, capitales financieros, seguros contra el desempleo, rayos laser, "fois-gras" o caviar y hasta hamburgers o "steak-frites". Esto es, todo aquello que en los países occidentales se considera "natural", "normal" o "civilizado", fuera de lo cual ninguna forma de vida se acepta como digna de vivirse.

Pero los términos se vuelven conceptos de orden ideológico cuando se comienza por señalar si tal manera de interpretar la realidad circundante es o no aceptable, cuando se califica si el sistema ferroviario o los platillos regionales son o no "modernos", "desarrollados" o despreciables, en el segundo caso. Desde esta óptica, quienes estiman que hay que "desarrollar" a los grupos étnicos de nuestro país, proceden de la misma manera en como proceden aquellos habitantes de los países "occidentales" que consideran que "vida civilizada", "desarrollo" consiste en poseer muchos nombres para un mismo producto industrial o masticar "chewing-gum".

¿Qué es pues "el desarrollo"? ¿En qué acciones o hechos concretos se traduce? Si uno contesta que el desarrollo consiste en elevar los niveles de vida material de las masas populares, como ocurre en los países "occidentales", y en especial de los grupos étnicos "tradicionalistas" resulta, tras un análisis más minucioso, que en los propios países occidentales existen y han existido en sus historias, enormes masas de población que no tienen exactamente el mismo nivel de bienestar material y que la discontinuidad económica, material, cultural se puede

advertir en los grupos sociales que aunque inmigrados, forman parte de su vida cotidiana y para los que las respuestas de "bienestar social" no son siempre evidentes.

En estas condiciones, todo parece indicar que "desarrollo" no es sino un término más para designar la forma de vida occidental. Cuanto más se asemeje una forma de vida cualquiera a la manera en como se vive en los países occidentales más se está en el "desarrollo".

No llegaré al absurdo de negar que muchos de los hechos sociales que ocurren en los países occidentales son positivos: acceso a la información, eficientes servicios de salud pública, sistemas públicos de instrucción, ayuda económica familiar, seguro del desempleo, pensión de vejez, etc. El problema es que cada uno de esos conceptos pertenece a un contexto socio-económico particular producto de un desarrollo histórico igualmente particular, con una complejidad de causas considerablemente grande como para trasladarlos por decreto a otra sociedad que no ha tenido el mismo desarrollo histórico que el de los países occidentales. El problema es también que, al menos en este país, la pretendida modernidad, occidentalización, "desarrollo" no alcanza, en prácticamente ninguna actividad, el mismo nivel de lo que ocurre en las capas sociales favorecidas de los países occidentales. Un profundo trasfondo cultural autóctono se encuentra en el subdesarrollo mexicano que se manifiesta particularmente en las actitudes y conductas que asumen los mexicanos mestizos. Incluso cuando queremos llevar a ciertos grupos étnicos al "desarrollo". ¿Cómo pretender la marcha hacia el desarrollo si constatamos que en muchos compatriotas el subdesarrollo —especialmente mental— es tan acusado?

Así las cosas, parece ser que la problemática del etnodesarrollo es tal porque para la mayoría mestiza mexicana le resulta insoportable o indigna la forma de vida que desarrollan algunos grupos étnicos, de la misma manera que para algunos habitantes de los países occidentales les resulta insoportable o al menos incomprensible que los llamados países subdesarrollados o tercermundistas, no cumplan cabalmente en sus formas de vida los hábitos propios de los países "desarrollados". Así, la fórmula se invierte, y el problema del subdesarrollo o del etnodesarrollo es tal para quienes lo plantean. Ha-

bría que preguntarnos si en el contexto del mercado internacional, dependiente e interdependiente hay verdaderamente una fórmula válida para escapar a la influencia de la cultura "occidental". Cuando uno se enfrenta a las antenas parabólicas de muchísimas casas rurales del campo mexicano (al menos en el valle de México, o en el valle de Toluca) uno lo duda. Vuelve uno a dudarlo cuando algunos miembros de los grupos étnicos de Michoacán son capaces de darle a usted santo y seña de cómo llegar más fácilmente a Chicago o al Valle de San Joaquín, en California.

Etnodesarrollo se traduce, en la práctica, en occidentalización, aun esta sea caricaturesca. Si por etnodesarrollo se debe aceptar que las tejedoras de tapetes anudados de Temoaya ingresen al mundo asalariado, al mundo del consumo, de la televisión, de la telenovela, del rechazo a la indumentaria autóctona para sustituirla por la "falda curra" y el bilet o los discos del cantante de moda entonces se confirma que el pretendido desarrollo no se queda sino en la asimilación occidental.

Pero no se piense que compartimos la idea de quienes pretenden la "conservación" de los grupos étnicos mexicanos por folklorismo o porque son pintorescos. Tampoco se trata de ninguna "añoranza" por los inditos y sus curiosas costumbres. Trato de subrayar un hecho real: la expansión del modo de vida occidental. No desconozco que como todo grupo humano, en todo grupo étnico tendrán que hacer mella las influencias de la vida occidental y que éstas no son necesariamente "negativas" contra las que hay que aprender a defenderse. Trato más bien de señalar que nos encontramos en una etapa de la vida de la humanidad en que las fronteras (que por otro lado no son sino ficciones histórico-políticas) se abaten cada vez más ante el empuje de un modo de vida pretendidamente racional, y único racional, y homogeneizador. Por esos hechos, ensayo a transmitirles mi impresión de que el etnodesarrollo y los efectos en que se traduce parecen ser inevitables. Pese a considerar que lo ideal sería que los grupos étnicos de México tuvieran un desarrollo independiente, en un ambiente social de tolerancia, de respeto a sus formas de vida, etcétera, su occidentalización, así sea híbrida, no parece ser eludible.

Pero lo anterior, para profesía, es muy elemental;

para lamento, es muy banal; para tesis mesiánica u oráculo tercermundista, es muy acartonado. Lo único que trata de decir es que ante fenómenos derivados de dinámicas sociales, lo que queda es actuar con prudencia y con visión imaginativas. Es cierto que ante lo que es sentido como superior se actúa con reconocimiento, como dice Foster (Foster: 1962, p.p. 70-71) pero no deja de ser cierto que en la comparación cultural, en el plano de lo técnico, nos ubicamos en las zonas periféricas e intrascendentes de la cultura, pues la verdadera esencia de ésta permanece largamente intocada; subsiste lo que cotidianamente pensamos, las actitudes, las instituciones.

Ocurre pues, con los grupos étnicos nacionales y su "no desarrollo", lo que ocurre en el plano de la vida mundial entre países "desarrollados" y "tercermundistas" pues, como señala Lévi-Strauss "... las sociedades que llamamos hoy "subdesarrolladas" no son tales por su propio hecho, y sería erróneo imaginarlas como exteriores al desenvolvimiento occidental o indiferentes ante él ... son estas sociedades la que ... han hecho posible el desarrollo del mundo occidental. Entre ellas y él existe una relación de complementaridad ... en ellas esta civilización mecánica redescubre su propio producto, o, más precisamente, el correlato de las destrucciones que cometió en el seno de ellas para instaurar su propia realidad. ... El problema del desarrollo ... las soluciones que pueden proponerse, deben por necesidad tener en cuenta condiciones históricas irreversibles y un clima moral que constituyen lo que podría ser llamado la "carga dinámica" de la situación colonial. ... "(C.L. Strauss: "Antropología ... p.p. 296-297).

Así también habría que considerar que el "no desarrollo" de los grupos étnicos nacionales no lo es por su propio hecho, que en él se encuentra incluida la problemática del Estado plurinacional y que el caso se ve marcadamente involucrado con problemas de orden, efectivamente, ético. Pero no bordaré sobre éste último tópico para no seguir cansándolos. Baste recordar que sobre él los textos no son extraordinariamente abundantes, y que la conclusión de Jorgensen adquiere especial importancia para quienes nos interesamos en problemáticas como la considerada en esta sesión: "... Sostengo que un código moral profesional no puede estar fundado sino

sobre nuestra comprensión del comportamiento humano en numerosas situaciones y que no puede ser evaluado sino observando la conducta de quienes lo practican, es decir, nuestro comportamiento en tanto que antropólogos ... " (Jorgensen, en Compans J: *Anthropologie* ... p. 99).

Por todo lo anterior, compartiendo desde luego muchos de los planteamientos de Andrés Medina en torno a la necesidad de rebasar los límites del indigenismo como objeto único de la encuesta antropológica, en tanto que "... parte de una problemática más extensa ... " (Medina: 1974, p.p. 20) lo pertinente sería concluir que en las tareas del etnodesarrollo toda opinión, toda acción parecen resultar válidas, pero lo que no resulta coherente es la inactividad cómoda del encierro en la torre de marfil.

México, D.F. Septiembre 8 de 1987.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Copans, Jean et. al: "Anthropologie ete imérialisme" Maspero, París, 1975.
- Foster, G.M.: "Las culturas tradicionales y los cambios técnicos" F.C.E. México, 1974.
- Jakobson, Román: "Ensayos de lingüística general" Seix Barral, Barcelona, 1975.
- Lévi-Strauss, Claude: "Antropología estructural". S. XXI, México, 1984.
- Medina Andrés: "Antropología e indigenismo. Los compromisos contradictorios de la ciencia en México" Revista de la Universidad de México", UNAM, México. Vol. XXIX octubre 1974. No. 2, p. p. 13-20.
- Paz Octavio: "El laberinto de la soledad" FCE. México, 1976.